

El pluralismo como lógica del discurso ético contemporáneo*

Jairo Alvarado Sánchez**

“Allí donde está el peligro, crece también lo que salva”
Hördelin

Resumen

Este trabajo comparte algunos hallazgos de la investigación Éticas contemporáneas: una interpretación del pluralismo ético en la Corporación Universitaria Lasallista, desarrollada con jóvenes universitarios de la Corporación en el municipio de Caldas (Antioquia). La intencionalidad de este trabajo radica en poder describir la lógica del discurso y práctica ética de los estudiantes frente a problemáticas y situaciones en las que se posicionan como sujetos desde determinadas perspectivas de vida y de mundo.

Desde la óptica juvenil la moral es un proceso individual que desplaza el proyecto moderno de sujeto y de moral, permitiendo la aparición de lo plural y lo diverso como elementos connaturales de una nueva condición: lo posmoral. Este proceso a pesar de no estar exento de contradicciones o ambigüedades - en el discurso o en las experiencias, es una oportunidad para poder reinstalar la individualidad y la pluralidad como garantía de la autonomía.

* Artículo derivado de la investigación Éticas contemporáneas: una interpretación del pluralismo ético en la Corporación Universitaria Lasallista. Investigadores: Jairo Alvarado Sánchez y Juan Manuel Uribe Cano. Proyecto financiado por el Fondo de Investigación de la Corporación Universitaria Lasallista (2010).

** Licenciado en Filosofía (P.U.J), Especialista en Docencia Universitaria (U.B), Orientación Educativa y Desarrollo Humano (U.B). Magister en Educación (P.U.J). Docente de la Corporación Universitaria Lasallista. Email: jaalvarados@lasallista.edu.co

Palabras clave: pluralismo ético, representación juvenil, moral individual, bienestar, individuación.

Pluralism as a contemporary ethical discourse's logics

Abstract

This work aims to share some results from the research “Contemporary Ethics: an interpretation of ethical pluralism at Corporación Universitaria Lasallista”, made by young students of the Corporation in Caldas, Antioquia. The intention with this work is to describe the discourse's logic and the ethical praxis students have before problems and situations in which they assume positions as subjects from certain life and world perspectives.

From the youngsters' point of view, moral is an individual process that displaces the modern project of subject and moral, allowing the appearance of plurality and diversity as connatural elements of a new condition: Postmorality. This process, despite having contradictions and ambiguities in both the discourse and the experiences, is an opportunity to re-install individuality and plurality as autonomy's guarantee.

Key words: Ethical pluralism, youth representation, individual moral, welfare, individuation.

Pluralismo y mundo juvenil universitario

En la actualidad hay una particular preocupación en torno al creciente pluralismo ético que se vive dentro del mundo contemporáneo; más exactamente, en el mundo de los jóvenes. Efectivamente, las realidades locales no son ajenas a los grandes acontecimientos globales y a las revoluciones sociales que se desprenden de los medios de comunicación, el establecimiento de sociedades de consumo, y un mundo en el que predominan riesgos e incertidumbres creadas o fabricadas. Todo este conjunto de transformaciones generales que afectan considerablemente los contextos locales inciden profundamente en el comportamiento de nuestros jóvenes. Los diferentes dispositivos de la cultura, representados hoy en los medios masivos de comunicación y en diversos artefactos tecnológicos, los mecanismos de desregulación a los que apelan los Estados liberales actuales, y el esta-

blecimiento de una sociedad en la que la socialización se presenta través del mercado alteran profundamente el *ethos* de todos nosotros y con ello nuestras prácticas, ritos, momentos de ocio, además de las valoraciones que permanentemente hacemos frente al mundo y otros seres humanos.

El medio universitario juvenil no es ajeno a estos acontecimientos. La universidad, en tanto institución abierta, es un caldo de cultivo para la pluralidad: ello se evidencia en la diversidad de formas de vida que en ella conviven. A pesar de su carácter público, privado o confesional, en la universidad convergen diversas formas de ver el mundo y la vida, lo cual la hace profundamente pluralistas y abiertas. Es un microcosmos que refleja lo que acontece a nivel global, un pequeño lugar en el que se hacen presentes diversas formas de sentir, pensar y actuar, socialmente construidas pero también en construcción. Sin embargo, a pesar de que el pluralismo podría valorarse como un aspecto positivo, pues en él reside la posibilidad de ampliar los horizontes de comprensión y lograr una sociedad más incluyente y abierta, existen diferentes problemas que tienen que ver con la convivencia. Un primer problema está ligado con la heterogeneidad de los tiempos- generacionales-, sobre todo en la relación docente-alumno. Pareciera como si en muchas ocasiones el adulto y el joven (profesor - alumno, padre-hijo) estuvieran en dos continentes profundamente distanciados, como si ninguno de los dos pudiese explicar los contextos del otro. La ausencia de una mediación que logre comunicar ambas esferas es evidente, lo cual mina profundamente las formas de consenso y acuerdo, siendo este un aspecto vital para la convivencia.

Un segundo problema, ligado al primero, tiene que ver con la pluralidad de motivaciones y valoraciones de los estudiantes. En la mayoría de las ocasiones las formas de lealtad que vinculan a los estudiantes carecen de objetivos a largo plazo, lo cual lleva a que haya un conflicto entre los contenidos académicos y valoraciones. Pareciera como si la educación y la academia tuviesen que competir con el mundo del consumo, de la publicidad y del goce estético propio de las sociedades contemporáneas. Esto evidencia que el mundo académico requiere de estrategias que permitan salvar dicha distancia, es decir, pensar en una educación más preocupada por los contextos y lo cotidiano.

Por otra parte, existen problemas ligados a la convivencia que se desprenden, evidentemente, de la pluralidad de formas de vida. Los conflictos

y las rivalidades pueden ser el anverso de la pluralidad, en este sentido, la violencia es un riesgo que evidencia dentro de la superposición de expresiones y de un deseo por imponer un punto de vista, sin embargo, la mitigación de este riesgo radica en la incorporación de mediaciones que permitan traducir o interpretar los contextos del “otro”.

Si partimos del presupuesto de que el prerequisite fundamental para la acción y la transformación está en la comprensión, nuestra tarea al acercarnos al *ethos* juvenil, para indagar sus representaciones, hábitos y prácticas, es una actividad posibilitante para su autocomprensión y la construcción de mediaciones que permitan traducir o interpretar los contextos del “otro-juvenil” por parte del adulto.

Así, en el ámbito universitario asumir esa convicción comprensiva del *ethos* juvenil, nos permitiría no solo una información sobre las coordenadas de pensamiento y acción de nuestros estudiantes sino la redirección de procesos formativos en la universidad, pensando contextualmente la educación en las sociedades de hoy.

Pluralidad y Lenguaje

Previo al desarrollo de las categorías debemos develar dos presupuestos básicos en nuestra investigación. El primero de ellos tiene que ver con el concepto mismo de ética y moral, pues la carga que la historia y la tradición filosófica han impuesto a estos dos conceptos nos lleva a la necesidad de precisarlos. En el presente trabajo los utilizamos de manera indistinta, pues ética y moral son dos expresiones que dan cuenta de una misma experiencia socio cultural: el conjunto de valoraciones, intuiciones y reglamentaciones que construye una comunidad o un grupo social, presente a través del lenguaje y en las prácticas cotidianas de los individuos en el contacto con los otros. Así, los conceptos y valoraciones que poseen los sujetos sobre lo bueno y lo malo, lo justo e injusto, lo conveniente e inconveniente, no son un resultado independiente del mundo de la vida de los propios sujetos o el de sus comunidades, sino que se expresan a través de ellas y asociadas al lenguaje.

De igual forma, y tomando en consideración los aportes de la hermenéutica o de la misma filosofía de Wittgenstein, el ámbito de la ética está profundamente intrincado en el lenguaje: “... imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida”.¹). Su función no es nominar el mundo

para clasificarlo o comunicarlo, el lenguaje es el lugar para pensar el *ethos* de los individuos y sus comunidades:

“El conocimiento de nosotros mismos y del mundo implica siempre el lenguaje, el nuestro propio. Creemos, vamos conociendo al mundo, vamos conociendo a las personas y en definitiva a nosotros mismos a medida que aprendemos a hablar. Aprender a hablar no significa utilizar un instrumento ya existente para clasificar ese mundo familiar y conocido, sino que significa la adquisición de la familiaridad y conocimiento del mundo mismo tal y como nos sale al encuentro”².

El segundo presupuesto, y en relación directa con el anterior, denota la pluralidad como un asunto que no es ajeno al lenguaje y al mundo de lo ético. En este caso, el lenguaje es un campo compartido con otros, pues el “decir” no pertenece a la esfera del yo sino del nosotros, develando la diversidad y pluralidad de formas de vida de los hablantes.

En la reflexión contemporánea se constata que el entorno cotidiano se transforma continua y dinámicamente jalonado por la presencia de nuevos dispositivos culturales que, desempeñando un papel protagónico en la vida plural de los individuos, llevan a replantear las formas tradicionales de entender el mundo y de entenderse como sujetos que configuran su propia libertad. Estas configuraciones se realizan fuera de la lógica ética que había normativizado su proyecto de vida y la había convertido en una deontologización que respondía a su naturaleza social. En este contexto, la pluralidad se describe como un evento irregular, cambiante, incluso contradictorio. Su discursividad escapa a la normativa del “deber ser” y se acerca a la interpretación dialógica que les permite a los sujetos ser soberanos sin legislar, vivir en común sin el monólogo impositivo de los deberes³.

Posmoralidad: el bienestar como aplazamiento del deber

Gilles Lipovetsky describió la lógica de la sociedad postmoralista a partir del bienestar, siendo éste no solo una categoría teleológica para explicar la acción humana, sino como una “representación del mundo”. Nuestra civilización, según este autor, no tiene como tarea la subyugación del deseo, antes de vencerlo lo ha exacerbado y desculpabilizado. Gozar el presente y proveer a nuestro cuerpo del disfrute y la mayor comodidad posible, han permitido edificar la “nueva Jerusalén de los tiempos posmoralistas”. Esta visión se vuelve más dramática cuando en el marco de la vida social el con-

sumo se convierte en el centro de gravedad de los sujetos, así los objetos, y las marcas asociadas a ellos, ocupa un lugar preponderante en su cotidianidad^a. Pero, no podemos afirmar simplemente que el consumidor, como en el pasado, desea acumular objetos, el consumismo de hoy se define por la brevedad del goce con las cosas mismas⁴.

“Estimulando permanentemente los valores del bienestar individual, la era del consumo ha descalificado masivamente las formas rigostas y disciplinarias de la obligación moral, la liturgia del deber se ha vuelto inadecuada para una cultura materialista y hedonista basada en la exaltación del yo y la excitación de la voluptuosidad del instante”⁵.

La sociedad posmoralista descrita es asumida desde la esfera juvenil como un movimiento que desplaza las obligaciones, expresadas en los deberes y los códigos, y del orden como valor fundamental. En su lugar, se instala el bienestar, convertido en el elemento de juicio para estimar o apreciar las acciones y, el objetivo-producto que se persigue en la esfera de lo cotidiano⁶. Atrás queda la acción cultural de una sociedad que enarbola la disciplina del deseo y las obligaciones frente a los otros.

Este desplazamiento tiene que ver con las concepciones y acciones que dibujan su escenario moral: la búsqueda de “sentido” individual, generalmente en contravía de las elaboraciones que hicieron parte de su esfera familiar o escolar; las deliberaciones para la acción que se afirman desde aquello que constituye un bienestar-beneficio para él y su sentido primario de la autonomía que le separa y diferencia de los otros, sin construir un vínculo responsable con el otro.

Desde su concepción primaria, la moral se identifica con la tradición. Ella es percibida como producto de la educación tanto familiar como escolar, pero su sentido es peyorativo al estigmatizar las acciones diversas y plurales bajo unos códigos únicos y universales que cercan o limitan la autonomía de los individuos. Este rechazo no constituye una postura ideológica ampliamente formulada o justificada, sino que responde a un deseo de independencia afectiva y económica^b. Los jóvenes exigen el derecho a

a Las relaciones de los hombres con los hombres son menos representadas y valoradas que las relaciones de los hombres con las cosas, gracias a la intermediación mediática y publicitaria que las evidencia. Lipovetsky considera este aspecto como una nota característica de nuestra ideología económica moderna.

b La autonomía es concebida como la posibilidad de una acción libre soportada en la independencia económica del joven. Lo contrario genera sometimiento, pero desde el plano de lo real, el joven desplegando su capacidad adaptativa, sortea el direccionamiento de sus tutores y busca bajo esa circunstancia adversa el despliegue de sus acciones autónomas. (Grupo de discusión, sesión 2).

“desarrollar su propia perspectiva sobre la vida para poder actuar en ésta”⁷. La independencia se identifica con independencia material y se erige como una condición para el progresivo despliegue de ese deseo autónomo, que en términos del propio Beck, constituiría la “propia vida”, concebida desde el punto de vista material, espacial, temporal y como marco de sus relaciones sociales.

En consecuencia, la conducción de sus tutores es juzgada como legítima o favorable cuando permite al joven tomar sus propias decisiones, en definitiva, el control de su vida: “Al independizarse de los vínculos tradicionales, las vidas de las personas adquieren una cualidad que, por primera vez, hace posible la experiencia de un destino personal”⁸. El respeto como valor en la interacción con otros tiene que ver con la “neutralidad” que debe mantener el “adulto”, de tal manera que se brinde el espacio para el libre ejercicio de la deliberación, que en el caso de los jóvenes tiene que ver más con el cálculo práctico de costo/beneficio, que con un ejercicio reflexivo anterior a la acción en el que se involucren los principios o los intereses del otro.

El respeto como valor en la interacción con otros tiene que ver con la “neutralidad” que debe mantener el “adulto”, de tal manera que se brinde el espacio para el libre ejercicio de la deliberación, que en el caso de los jóvenes tiene que ver más con el cálculo práctico de costo/beneficio, que con un ejercicio reflexivo anterior a la acción en el que se involucren los principios o los intereses del otro.

En este sentido, los conceptos de bondad y maldad, correcto e incorrecto, no requieren elaboración alguna, según su mirada, su contenido ya fue plantado y constituyó el objetivo primario de sus tutores durante la infancia. La deliberación a la que se enfrenta el joven se desprende de su marco familiar y se nutre ahora del sentimiento y sensación de “sentirse bien” o del “estar bien”. Lo que le permite valoraciones o juicios en consonancia con la conveniencia individual en el marco del beneficio. Así, las convicciones o los principios que la tradición inculcó adquieren la imagen de entidades abstractas separadas de la realidad y de sus intereses.

La construcción semántica de lo moral enfatiza su carácter relativo con la consecuente subordinación de esta a esfera de lo subjetivo. La moral se convierte en el espacio privado e individual de deliberación, dónde no se acepta ninguna injerencia, pues se parte del supuesto que nadie puede erigirse como “agente moral” para otros. Son los sujetos y únicamente ellos

los que han de considerar o decidir qué les conviene o no. Daría la impresión que nos acercamos a la visión Hobbesiana según la cual lo bueno o malo depende del hombre mismo, en tanto que lo que desea es bueno y lo que odia malo, no habiendo nada con un valor objetivo, que determine la bondad a maldad de algo, estos conceptos son tan solo nombres que designan las preferencias individuales y en palabras del propio autor, “nunca se usan sin relación a la persona que las utiliza”⁹, ya que lo bueno o malo no se deriva de la naturaleza de los objetos^c.

En el marco de una moralidad individual la pregunta por el “otro”, parece arrojar elementos paradójicos, pues no confirma de manera concluyente el aislamiento de los individuos, sino que este configura nuevas formas de asociación o de alianzas con el otro, en una especie de pacto de no agresión. Lipovetsky¹⁰ afirmará que la era de consumo desocializa a los individuos y correlativamente los socializa por la lógica de las necesidades y de la información.

Estar juntos o encontrarse con otros obedece tal vez a una coincidencia de intereses particulares, pero no necesariamente indica que se comparte un proyecto común o colectivo. Si podemos afirmar que lo colectivo se desvanece, tendríamos que afirmar igualmente que dentro de ella se diluye la conciencia de ciudadanía. La “*res*” pública se repliega a causa del ensanchamiento de lo individual como consecuencia de la crisis de las instituciones clásicas de la modernidad, donde los sujetos se referenciaban para vivir “lo social”.

Lo social en el sentido “moderno del concepto”, es decir, aquello que implica cohesión, universalidad, referencia objetiva, orden, ley o estado, son en el marco del imaginario juvenil realidades que tienden a diluirse, pues efectiva y afectivamente no son una prioridad en el mundo juvenil. En el testimonio de los jóvenes universitarios, es claro que una fuerza que mueve su acción son los lazos que crea a través de la amistad, siendo esta una tendencia más estable y permanente. Pero, esta tesis parece no encuadrar en las realidades de ciertos fenómenos del mundo tecnológico contemporáneo donde predomina la velocidad, el movimiento, las imá-

c Esta misma idea se repite en la obra *Del ciudadano* donde afirma: «Todas las controversias nacen de las grandes diferencias que existen entre las opiniones de los hombres respecto a lo mío y lo tuyo, lo justo y lo injusto, lo útil y lo inútil, el bien y el mal, lo honesto y lo deshonesto y las cosas similares.» (cap. VI, párrafo 9, pág. 131)

genes, las redes y el consumo^d, que en su conjunto permiten afirmar la provisionalidad de lo real, pues este sentimiento de provisionalidad, si bien aborda su mundo afectivo, el mundo de sus relaciones, es estable en lo concerniente a la amistad^e.

Este conjunto de elementos descritos ratifica la asistencia al desdibujamiento de un proyecto de vida en torno al *próximo*, de hecho es impensable una moral interindividual, pues se considera que la responsabilidad de los seres no tiene más límites que el de la propia individualidad. Si bien los jóvenes ven con naturalidad que exista un movimiento egocéntrico, convertido en referente para construir sus procesos vitales, simbólicos y deliberativos sobre sus acciones, dicho movimiento no está exento de la contradicción y ambigüedad que lleva a rupturas en su ámbito de experiencia.

Evidenciamos una de estas contradicciones al constatar la ruptura entre su mundo cotidiano y el mundo laboral, en el primero la convicción del interés - personal - que se persigue no tiene condicionamiento alguno, su legitimidad está dada porque le “conviene” estratégicamente para resolver alguna situación práctica. En el segundo caso, puede suponerse que hay una continuidad y que lo individual marcará la diferencia en el contexto de la competencia profesional. Pero esta continuidad se pierde, y lo que era la búsqueda de bienestar y comodidad individual pasa a ser una situación de adaptación. Esto lo vemos reflejado en dos situaciones que fueron presentadas a los jóvenes, una referida a los códigos deontológicos de las profesiones y otra referida a acciones en las que generar una conducta no apropiada o inmoral era simplemente ambivalente.

En el primer caso, el de los códigos deontológicos de las profesiones, estos no son puestos en cuestión, y asimilando una especie de economía reflexiva se perciben como un marco de acción para el trabajo, pues son las condiciones bajo las cuales el profesional ha de desarrollar su labor. Así, las reglas de juego social y ético de la profesión son algo que requiere de la aceptación de los individuos y no generaba rupturas con los criterios de valoración que venían siendo sostenidos en su esfera cotidiana. Simplemente, los jóvenes universitarios intentan adaptarse al mundo compe-

d En este sentido, Lipovetsky ve en el consumo una estructura abierta y dinámica que “desembaraza al individuo de los lazos de dependencia social y acelera los movimientos de asimilación y de rechazo, produciendo individuos flotantes y cinéticos...” (pag 112)

e Grupo de discusión, sesión 3

titivo del trabajo sin crearse conflictos con sus experiencias cotidianas. Por ello, era censurable el fraude en la situación de una competencia por un puesto laboral, siendo calificado como antiético, atentatorio de los códigos profesionales, pues lo importante era una franca competencia meritocrática donde se impone el mejor.

En el segundo caso, las situaciones propuestas llevaban a los estudiantes a juzgar si el fraude era justificable o no, se encontró que la utilización de la “trampa” o de pequeños fraudes, pues lo encontraban como un recurso para sobrevivir en su proceso académico, pues la finalidad práctica no era otra que la de evitar la pérdida – objetivo del maestro. Algunos testimonios afirmaban que la causa de ello era el hecho de sentirse retados por la autoridad del maestro, y esto generaba estrategias para burlarla y evitar conceder la razón a esa autoridad que buscaba simplemente incomodarles. En otros casos, era justificable sólo como un acto de amistad o de compañerismo al requerir de una ayuda que más adelante pudiera devolverse o retribuirse.

En estos dos ejemplos el juicio de los jóvenes tienen un elemento común: la justicia. Se busca lograr un equilibrio o compensación, en el caso de la autoridad o de equidad, en el caso de la competencia laboral. La representación de la justicia no tiene, en ninguna de estas situaciones, un alcance social o político, responde más bien a una concepción primaria al identificarla como aquello que se otorga a cada cual según le corresponda. Cuando los jóvenes refieren valores como la tolerancia, el respeto, como deberes sociales parecen ser sólo afirmaciones que confirman el hecho de la diferencia y la individualidad, es una manera de expresar y justificar los límites de las individualidades, pero no expresan una pertenencia a lo social, ya que esta dimensión no es considerada como un factor vinculante para los individuos, confirmándose este como sesgo característico de su moral individual.

Individualidad como configuración ética plural

La anterior descripción fenoménica nos lleva a plantear frente a los jóvenes dos posibilidades: la primera, ver en esta situación un riesgo, una patología que se convierta en un caldo de cultivo para nuevas formas de control político que restablezcan de nuevo el orden, es decir, el regreso al proyecto moderno de moralidad. La segunda, como una oportunidad para poder reinstalar la individualidad y la pluralidad como garantías de la autonomía.

La vuelta a la tradición, afirma la recuperación de lazos de autoridad que garanticen la cohesión social, esta acción adoptada específicamente en un periodo de crisis, se manifiesta en la relativización moral y, como consecuencia de ella, en la pérdida de valores objetivos. Esta añoranza se instaura como un escenario clarificador pues en el régimen moralista moderno estaban bien señalados los límites del bien y el mal, y la fuente de la autoridad estaba plenamente identificada, asegurando por esta vía que el caos y la entropía se apoderaran de la sociedad. El papel de las instituciones (clase, familia, educación y el Estado) en este contexto es clave, pues se piensa que el individuo es sólo un componente del todo social que debe superarse para poder construir identidades colectivas, organizar al individuo, organizar la vida política y representar la individuo en la democracia política. De esta forma, la intervención de agentes sociales como maestros y padres se focaliza en la corrección y el enderezamiento social a través de una pretendida ortopedia moral¹¹.

Esta intervención nace de la desconfianza hacia los individuos, pues son ellos los que ponen en riesgo la sociedad, de esta manera se hace necesario en el campo social la implementación de formas de control y disciplina que puedan encausarle. El discurso de desmoronamiento moral, por el cual se justifica la corrección o encausamiento, encierra un miedo a la libertad a la movilidad y pluralidad que esta entraña:

“Un bien común construido es demasiado frágil e inseguro para dejarse al cuidado de los impulsos morales de sus residentes. En el mejor de los casos, los impulsos naturales tienen cierta oportunidad de volverse genuinamente morales si actúan bajo una nueva administración, esto es, si son encaminados al bien por agencias más confiables que sus propietarios originales”¹².

En el campo de las ideas, y en esto la modernidad fue un arquetipo, se construyen sistemas racionales y universales que permiten la fundamentación de la acción humana, libertando al hombre de las turbulencias de sus impulsos y los someta a principios universales y objetivos (no móviles y no plurales). Así, el discurso de desmoronamiento moral, por el cual se justifica la corrección o encausamiento, encierra un miedo a la libertad a la movilidad y pluralidad que esta entraña.

Si consideramos que la posmoralidad se mueve en el contexto de la ambivalencia y la incertidumbre -siendo los códigos su antítesis-, no podemos inferir por ello un relativismo moral. El proyecto ético de la época

moderna que se fundaba en la construcción de un código moral liberado del monopolio de la iglesia, pretendía erigir un único grupo de preceptos para ser observados por cualquier persona moral. La pluralidad de caminos e ideales se convirtió en un obstáculo y la ambivalencia de los juicios morales una situación patológica que debía rectificarse¹³:

“La mente moderna se siente horrorizada por la perspectiva de desregularización de la conducta humana, de vivir sin un código ético estricto y abarcador, de apostarle a la intuición moral del ser humano y a su capacidad de negociar el arte y la convivencia, más que buscar apoyo de reglas legales y despersonalizadas sustentadas en poderes coercitivos¹⁴”

Pero negamos que se trate de un relativismo simple que lleva al enunciado práctico de “todo vale”, lo que creemos dentro de una perspectiva posmoral es la afirmación de la aceptación de la contingencia y el reconocimiento de nuestra capacidad como nuestros propios agente morales, pues “la apuesta por hacer a los individuos universalmente morales al dejar su responsabilidad moral en manos de los legisladores, fracasó¹⁵”. Partir del individuo permite reversar la historia de la moral, donde se creía que la capacidad coercitiva y educativa de la sociedad engendraba individuos morales, al contrario, la continuidad y bienestar de la sociedad depende de la competencia moral de sus individuos.

Alan Wolf afirmará en este sentido, que la moralidad es una práctica negociada entre los agentes – individuos- de la sociedad que son capaces de crecer y transformarse, por un lado, y la sociedad abierta al cambio de sus agentes, por la otra. Por ello el pluralismo más que un obstáculo es concebido como una oportunidad de transformación y afirmación de los individuos.

Unido a lo anterior, se ha creído que el individualismo acarrea otro riesgo, que podríamos denominar: indiferencia moral. Por el contrario, la apuesta de la individualidad es por el sentido de responsabilidad moral que nos impide simplemente el estar con otros, para permitirnos “ser con otros”. Dicha responsabilidad se convierte en un acto de auto-constitución del individuo al conectar el yo moral con el yo social. La recomposición de la individualidad, tal como la advertía Lipovetsky¹⁶, implica la necesidad de contrarrestar la tendencia individualista de emanciparse de cualquier obligación social.

Ser individuo no excluye la preocupación por el otro, es tal vez por una especie de tara histórica, que se ha tildado la conducta individualista como

una conducta antisocial, incluso antihumana. Lo que se descubre más bien, es su conexión interna pues, “vivir solo significa vivir socialmente”¹⁷, ya que la tendencia creciente de individualidad no da al traste con las relaciones de solidaridad, lo que se genera es un nuevo tipo de solidaridad y vinculación con los otros.

Desde la perspectiva moral nos distanciamos de ver en la individualidad un mal, afirmamos más bien, que la moral es individual antes que social. No somos morales gracias a la sociedad, vivimos en sociedad y somos colectivo gracias a ser morales. Bauman¹⁸ afirmará en este sentido que en el corazón de la sociabilidad se encuentra la soledad de la persona moral.

Esta reivindicación de lo social en el proyecto de individualización tiene que ver igualmente con el desafío prioritario: “hacerse individuo” y no con el dato escueto de serlo. Los tiempos posmorales, lejos de la negación del individuo, convierten la individualidad en una tarea identitaria, “cargando sobre los actores la responsabilidad de la tarea y de las consecuencias de su actuación”¹⁹. Si la “individualización” significa la desintegración de las certezas morales colectivas y personales, se teje sobre él la única obligación de su existencia y es responder de manera vital y creativa a la pregunta: ¿qué deseo para mí mismo? Los individuos se convierten entonces en “artesanos de sus propias biografías”²⁰.

Referencias bibliográficas

1. WITTGENSTEIN, Ludwig. Investigaciones filosóficas. Barcelona: Ediciones Altaza, 1999. p. 13.
2. GADAMER, Hans-Georg. Verdad y método I. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2001. p. 147.
3. BAUMAN, Zygmunt. Ética posmoderna. 2 ed. México: Siglo XXI, 2005. p. 25.
4. *Ibíd.*, p. 29
5. LIPOVETSKY, Gilles. El crepúsculo del deber. Barcelona: Editorial Anagrama, 1994. p. 51
6. *Ibíd.*, p.128
7. BECK, Ulrich y BECK-GERNSHEIM, Elizabeth. La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas. Barcelona: Paidós, 2003. p. 102
8. *Ibíd.*, p. 85
9. HOBBS, Thomas. Leviatán. Buenos Aires: FCE de Argentina, 1992. p. 120. 120

10. LIPOVETSKY, Gilles. La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Barcelona: Editorial Anagrama, 1986. 220 p.
11. ALVARADO SÁNCHEZ, Jairo Augusto. Educación, reproducción y conflicto: democratización y pacificación en la escuela. En: Investigación Educativa y formación docente. Enero – marzo 2000. Vol. 2, no 4. p.4-10
12. BAUMAN, Op. cit., p. 76
13. BAUMAN, Op. cit., p. 28-29
14. *Ibíd.*, p.42
15. *Ibíd.*, p.40
16. LIPOVETSKY, Op. cit., p.210
17. BECK, Op. cit., p. 282
18. BAUMAN, Op. cit., p. 73
19. BECK, Op. cit., p. 20
20. BECK, Ulrich. La democracia y sus enemigos. Barcelona: Paidós, 2000. p. 35-36